

# El circundante mundo parqueisno

Samuel Andrés Arias  
Médico epidemiólogo.  
Narrador y cronista.  
Egresado Taller de Escritores  
Universidad Central

— **E**l parque sí es bacano. Verde, lleno de árboles, fresco —dice el taxista mientras me mira por el retrovisor—; pero esa gente que se la pasa todo el día allí es una floja. La verdad es que el parque de Bolívar es el parque de la flojera.

Los ojos negros de la mujer miran el reloj. Son las tres y media de la tarde del martes 19 de diciembre de 2006. Ella suspira. Su piel, como buena parte de los cartageneros, es del color del arroz con coco frito. No es guapa ni fea. Debe tener entre veinticinco y treinta años. Su nuca está desnuda. Tiene el cabello recogido en una elegante moña sobre la cabeza. De de sus orejas cuelgan aretes formados por tres hojas verdes sintéticas que hacen juego con la blusa de rayas verticales y de colores pastel: azul aguamarina, crema y rosa. Un pantalón de jean oscuro forra sus gruesas caderas y se aprieta en una delgada cintura. Lleva sandalias rojas de cuero con un brillante sobre el empeine que dejan mover libres los dedos delgados con las uñas también pintadas de rojo. Al igual que un par de decenas de personas, está sentada en una banca de madera bajo la tibia sombra que ofrecen los inmensos árboles y palmeras del parque de Bolívar.

La mujer bosteza. Mantiene su cabeza rígida, pero con los ojos vigilantes sigue el paso de los transeúntes. En la banca del lado izquierdo, un hombre duerme sentado abrazando una carpeta llena de documentos sobre su pecho. Más allá, rodeando al General Bolívar, un grupo de ancianos discute la situación política del país, un par de novios que se acarician las manos, una niña que juega al borde del pedestal y un turista que intenta fotografiar la cabeza del caballo del libertador.

En la época de la Conquista y la Colonia a este sitio se le llamó Plaza Mayor o Plaza de la Catedral por estar en diagonal a la iglesia; luego, en el siglo XVII, Plaza de la Inquisición o Plaza de la Quema. Pues allí ardió, en 1622, el cuerpo de Allan Ellon, protestante de origen inglés, el primer hereje sentenciado por la inquisición en Cartagena. Luego fue plaza de toros hasta 1896, cuando llegó desde Alemania, hecho por Eloy Martínez, venezolano

de nacimiento, un inmenso Bolívar de bronce que mira a la derecha y saluda con su sombrero bicorne en la mano, montado en Muchachito, su caballo de bronce. Éste a su vez, con la pata izquierda levantada y la cabeza levemente inclinada hacia el mismo lado, es sostenido por una base de mármol con el escudo de Colombia al frente y dos inscripciones en los costados:

Al izquierdo: “La América entera espera su libertad i salvación de vosotros impertérritos soldados de Cartagena i de la Unión” Bolívar”; y al lado derecho: “Cartageneros, si Caracas me dio vida, vosotros me distéis gloria... ¡Salve Cartagena redentora! Nada puede serme más lisonjero que verme entre los hijos beneméritos de Cartagena”.

Desde entonces, desde 1896, a este espacio se le llama Parque o Plaza de Bolívar.

Un hombre llega y se sienta en el otro extremo de la banca de la mujer de los aretes verdes. No se miran. No se saludan. Es un hombre blanco que debe bordear el medio siglo de edad. Su frente llega casi hasta la coronilla. El escaso cabello que le queda es largo y liso. Tal vez queriendo compensar el pelo que pierde arriba también se deja unas largas y pobladas patillas. Viste una camisa de manga corta color crema con pequeños cuadros rojos, pantalón delgado caqui y zapatos café. En la mano derecha lleva un viejo portapapeles imitación cuero y en la mano izquierda sostiene un raspado: briznas de hielo recubiertas con salsas de frutas. Suelta su maletín y lo deja en la banca entre él y la mujer. Sonríe, chupa su frío raspado y se concentra en los chorros de agua de una de las cuatro fuentes que tiene el parque en cada una de sus esquinas.

La mujer me mira. Ve que estoy en la banca frente a ella tomando notas en la libreta. Le sonrío. Sin responder a mi gesto mueve el rostro y desvía la mirada hacia un par de niños que corren hacia el centro del parque.

Según la improvisada encuesta que realicé con algunos de los asiduos visitantes del parque el personaje estrella del lugar, “el príncipe del parque” es el Profesor Federico, como todos le llaman.

Federico Augusto de la Candelaria Herrera es un hombre delgado y alto de 53 años. Su rostro es moreno, tostado por el sol, y su cabello es color ceniza. Por lo general viste camisa de un solo tono de manga larga y sólo desaparece el botón del cuello. Su pantalón negro está impecablemente planchado y de su correa cuelga un pequeño celular.

**Más allá, rodeando al General Bolívar, un grupo de ancianos discute la situación política del país, un par de novios que se acarician las manos, una niña que juega al borde del pedestal y un turista que intenta fotografiar la cabeza del caballo del libertador.**

—Antes la gente me decía que me parecía a Rafael Núñez porque tenía la barba hasta aquí —me dice señalando algún punto de su abdomen—. Tanto así que Alberto Salcedo Ramos, el periodista, ¿lo conoces?, hizo un programa de televisión con Audiovisuales sobre mí. A veces lo pasan ahí en Señal Colombia. Alberto es amigo mío, pero es un tipo duro..., cada vez que viene a Cartagena me busca para que le cuente historias.

Hace muchos años se dedicó al negocio de los seguros, pero lo abandonó por su actual ocupación:

—Si me preguntas cuál es mi oficio, debo responderte que soy un vago consuetudinario cuya oficina principal es el Parque de Bolívar —dice antes de soltar una elegante carcajada y continúa—. Yo soy historiador, cronista, escritor y poeta. Tengo un libro de cuentos y leyendas de la ciudad publicado y mis historias han aparecido en varios de los periódicos de la Costa. De eso vivo. También le ayudo a investigadores, colegas historiadores y periodistas a hacer su trabajo. Recorro las calles de Cartagena captando detalles que se han escapado de la historia oficial. Muchas de las cosas que te voy a contar son fruto de mis propias investigaciones. Porque déjame decirte, óyeme bien —me dice levantando el dedo índice y la ceja derecha—: a Cartagena hay que reinventarla... Desde la historia y el arte a Cartagena hay que reinventarla —sentencia, primero con un gesto serio y luego esbozando una sonrisa con la mitad izquierda de su boca—. ¡Aja! ¿Me entiendes...?

—Entiendo, Federico, entiendo —le respondo.

—Vente acá, Samuel. Te voy a poner un ejemplo. Ya mismo estoy trabajando en tres historias. Tú sabes, tres historias de lo que yo llamo el circundante mundo parquesino. La primera es sobre ese buzón rojo que tú

ves ahí en la esquina del parque en diagonal a la Catedral. Ese fue uno de los primeros buzones de correo que tuvo el país. Lo instalaron por allá en los años veinte, durante el gobierno de Marco Fidel Suárez. También estoy escribiendo sobre Caraballo, uno de los mejores boxeadores que ha tenido Colombia y que también es asiduo del parque. Ajá, tú sabes, Cartagena es una ciudad pugilística. Ven te cuento la otra. Es del bebedor de ron cañabrava. El ron cañabrava es hecho con los desechos de todos los productos que sirven para elaborar licor. Es lo más barato y lo más bajo en la escala de calidad. Pero es el ron que le permite, a la gente

**—Antes la gente me decía que me parecía a Rafael Núñez porque tenía la barba hasta aquí —me dice señalando algún punto de su abdomen—. Tanto así que Alberto Salcedo Ramos, el periodista, ¿lo conoces?, hizo un programa de televisión con Audiovisuales sobre mí.**

pobre de Cartagena, tomar. Pero es un ron malo. Y se vende... ¡no joda! Por montones. La botella cuesta dos mil pesos. Entonces, entra un personaje estrambótico, no te lo describo para no entrar en detalles, saca una botella de ron cañabrava, la destapa, se toma un trago, resopla, se para frente a la escultura de Bolívar y le dice a grito entero: “Oye mi llave, tú crees que yo no sé que tú liberaste cinco naciones montando a caballo. Te imaginas qué hubieras hecho donde estuvieras montado en una Toyota cuatro por cuatro con llantas pantaneras”.

Con Federico recorrí la ciudad amurallada. En muchos lugares nos deteníamos y me contaba una historia o recitaba uno de sus poemas de memoria. Como su libro está agotado fuimos y lo prestamos en la galería de un pintor conocido suyo. Nos sentamos en la Plaza Santo Domingo y leí en voz alta algunos apartes que él me indicaba. Mientras lo hacía, Federico seguía la lectura con un sutil movimiento de los labios y señalando con el dedo índice de la mano izquierda cuando quería hacer énfasis en algún párrafo o alguna frase. Al final de nuestro largo, intenso y ameno recorrido, antes de despedirnos dijo:

—Vente, Samuel. Esto que estamos haciendo es un intercambio interliterario entre colegas, tú me entiendes... Está bien, pero ajá, tú sabes, estoy limpio y de esto vivo..., déjame algo ahí.

Le entrego veinte mil pesos (algo menos de 10 USD) y le pregunto si le parece bien.

—Apréndete esto: Nunca entregues todo tu dinero ni todos tus besos —me dice mientras me guiña el ojo y dibuja media sonrisa con el lado derecho de su boca.

Junto a la banca de la mujer de los aretes verdes y el hombre del raspado, un gringo (en Colombia todo extranjero rubio, de ojos claros y que no hable español es un gringo) delgado y que no debe superar los treinta años intenta leer un libro de bolsillo de portada roja, pero se distrae cada vez que pasa una mujer atractiva. Se distrae con frecuencia. Una cachucha verde oliva cubre su cabello rubio cortado al rape. Viste camiseta tipo polo amarilla con dos líneas, una blanca y una negra sobre los hombros. Su piel de color rosado intenso delata la ineficiencia del bloqueador solar frente al despiadado sol caribeño y se confunde con el tono del pantalón corto que lleva.

Cuando al parecer toma la decisión de no entretenerse más y concentrarse en el libro, un joven negro de unos veinte años, que viste una camiseta negra con una estampa del Che Guevara y una bermuda de flores azules con fondo blanco, se sienta en su banca. Lleva un grueso tubo de cartón de más o menos un metro de longitud en el que exhibe sendas pulseras: de hilo, madera, cuero y semillas.

—¿Ajá, y tú qué! —le pregunta al gringo mientras deja su mercancía sobre la banca. Todos los que estamos cerca volteamos a mirar. El gringo le sonríe, deja su postura cómoda y separa el dorso del respaldar. El joven le comienza a charlar en un tono que no alcanzo a escuchar. El gringo

cierra el libro, pero deja el dedo índice marcando la página en la que va y mantiene una sonrisa no muy sincera que yo interpretaría como “eres muy amable, pero lárgate”. El negro igual no se va. Se acomoda en la banca y extiende su brazo derecho sobre el respaldo de la banca mientras le habla animadamente.

En 1948, con 21 años de edad, llega a Cartagena, después de haber sido testigo de la destrucción de Bogotá por causa de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, dirigente liberal y candidato a la presidencia de la república. Cuenta el escritor en su libro de memorias *Vivir para contarla*, y me lo cuenta Jaime García Márquez, su hermano menor, en una esquina del Parque de Bolívar que después de un extenuante viaje desde la capital, por no tener dinero en el bolsillo y porque sus amigos lo han dejado plantado, Gabito (así le llama Jaime) tiene que dormir en una de las bancas del parque de Bolívar en una noche de toque de queda.

Gabriel García Márquez describe la situación así en sus memorias:

“(...) Me senté en una banca del parque de Bolívar, al otro lado de la calle, a esperar que llegaran mis amigos, sin molestar a nadie. Los árboles marchitos apenas si eran visibles en la luz de la calle, pues los faroles del parque sólo se encendían los domingos y fiestas de guardar. Las bancas de mármol tenían huellas de letreros muchas veces borrados y vueltos a escribir por poetas procaces. En el Palacio de la Inquisición, detrás de su fachada virreinal esculpida en piedra virgen y su portón de basílica primada, se oía el quejido inconsolable de algún pájaro enfermo que no podía ser de este mundo. La ansiedad de fumar me asaltó entonces al mismo tiempo que la de leer, dos vicios que se me confundieron en mi juventud por su impertinencia y su tenacidad. (...)”

“Ya con el ánimo dispuesto para dormir en la banca donde estaba sentado, me pareció de pronto que había algo oculto entre las sombras más espesas de los árboles. Era la estatua ecuestre de Simón Bolívar. Nadie menos: el general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, mi héroe desde que me lo ordenó mi abuelo, con su radiante uniforme de gala y su cabeza de emperador romano, cagado por las golondrinas”.

La mujer frente a mí, vuelve a mirar el reloj. Falta poco para las cuatro de la tarde. En este tiempo he tenido dos compañeros de banca. El primero un pequeño y delgado anciano de piel negra y cabello blanco. Permanece unos diez minutos. Detuvo a uno de los tantos vendedores de bebidas calientes que recorren el parque con una cajita de madera en la que llevan cuatro termos con café negro, agua caliente, agua aromática y chocolate, respectivamente. Compra un café pequeño y paga con una moneda de doscientos pesos. Mientras lo bebe se dedica a mirar a la gente pasar: los oficinistas, los hombres y mujeres que llevan afán, los escasos turistas sudorosos por causa de los treinta y tres grados centígrados de

temperatura que pasan rápido por el parque, los vendedores de llamadas a doscientos cincuenta pesos el minuto, pero sobre todo fijó, bueno, todos los hombres que estábamos allí fijamos la mirada en una bella adolescente vestida con una corta minifalda de jean, una apretada camisita rosa que dejaba desnudos sus bronceados hombros que pasó cogida de gancho con una mujer mayor, muy parecida a ella y seguramente sería su mamá, quien vestía un traje blanco y sostenía con elegancia una sombrilla del mismo color. El anciano se va y se sienta en otra banca frente al brazo extendido de Bolívar. Luego

llega un hombre de unos cuarenta años, moreno, obeso y calvo. Viste una bermuda, una camiseta azul y unas chancas de cuero. En la mano lleva un formulario del Seguro Social. Se sienta en el extremo derecho de mi banca y lee varias veces el formulario.

El hombre de las pobladas patillas acaba su raspado. Se levanta, deja el maletín en la banca, camina unos seis metros hasta la caneca de basura que pareciera estar mirando el caballo de Bolívar y bota el cartón del helado. Regresa despacio a su banca. Se sienta, saca unas gafas que cuelga de su cuello, también saca un libro con pasta amarilla titulado, *El poder está con usted*. Se pone los lentes, me mira por encima de ellos, pero pronto se pone a leer el libro en las primeras páginas.

—Yo siempre estoy bien. Aunque me esté ahogando siempre estaré bien —dice Hernán “El Gato” Torres mientras limpia mis zapatos—, siempre y cuando Cristo viva en mí, yo siempre estaré bien.

Este cartagenero de tez negra, de cincuenta y nueve años de edad, de barriga redonda y dientes cariados lleva lustrando zapatos cuarenta y nueve años en el Parque.

—Tenía once años cuando comencé a venir al parque a vender cocadas y luego me quedé embolando. En esos años la embolada la tomaba uno como un negocio de rebusque, para levantarme una entrada a cine, para comprarme una camisa, pero no como trabajo. En ese entonces me encaramaba en ese árbol. Mis amigos más grandes ya tenían novia. Yo me encaramaba en ese almendro y desde ahí divisaba la comarca y si venía alguno de los papás de las novias les gritaba a los muchachos que estaban por ahí con las novias: “¡aguas, ahí vienen!”. Entonces todo el mundo salía a esconderse, a correr —cuenta y suelta una carcajada mientras le echa champú a mis zapatos.

**—Antes la gente me decía que me parecía a Rafael Núñez porque tenía la barba hasta aquí —me dice señalando algún punto de su abdomen—. Tanto así que Alberto Salcedo Ramos, el periodista, ¿lo conoces?, hizo un programa de televisión con Audiovisuales sobre mí.**

—Mi cajita de embolar me sirvió también para estudiar y siempre me ha ayudado a sobrevivir. Me ha servido para levantar dieciocho hijos con seis mujeres. Con la última, con la de ahora, tengo diez. ¡Esa ha sido la más afortunada! —dice Hernán y nos hace reír a todos los que estamos cerca de él—. Aunque por tiempos también he tenido otros trabajos: fui empleado de las empresas públicas, pero me metí a sindicalista, a defender los derechos de los trabajadores, y en una protesta, tenía una misión que no se puede contar, me pillaron y ajá..., me botaron. También fui boxeador profesional. Pelee mucho, eso fue por allá a comienzos de los setenta. Aquí donde me ve yo soy Hernán “El Gato” Torres.

—Sí, es verdad —dice un hombre desconocido, blanco, de unos cincuenta años, de bigote y con acento mezclado de paisa y costeño sentado en la banca contigua a la de embolar de Hernán, mientras se acerca y se involucra en la conversación—. Este man era tremendo boxeador.

—Me tuve que retirar porque sufrí un accidente y me tuvieron que operar de la barriga —dice el lustrabotas y señala el flanco derecho del abdomen—. Después de eso me dio miedo que me hicieran daño, y un boxeador con miedo no sirve. Entonces volví a vivir de mi cajita. Aunque la verdad, yo nunca he dejado de embolar, así estuviera en otra cosa. Yo salía del trabajo y me venía para el parque y me sentaba a embolar un rato.

—Si este hombre no se hubiera enfermado hubiera dado la talla de Pambelé o de Caravallo.

—¡Home, Caravallo, ese man sí sabía boxear! —Afirma Hernán—. Todo el mundo reconoce a Pambelé, pero el mejor boxeador que ha tenido Colombia, así no haya sido campeón, es Caravallo. Tenía un estilo único, pero era muy desordenado. En su última pelea tenía que estar en 118 libras y tenía 130. Entonces le metieron diuréticos para que miara, lo ponían a sudar en un turco y lo que hicieron fue debilitarlo.

—¡Qué va! El mejor boxeador de Colombia ha sido, es y seguirá siendo el Kid Pambelé —replica con voz gruesa otro espontáneo que se involucra en la conversación—. Un campeón mundial no se improvisa de la noche a la mañana.

Mis zapatos quedan limpios, sin embargo quedo atrapado por un corrillo de cinco personas que se unen al debate. Pasa casi media hora y no hay acuerdo. Después de un breve silencio uno de los tipos dice emocionado a los demás:

—¡Ajá, y qué me dices del Rocky Valdéz!

—¡Agua, Agua, agua! —grita una mujer que viene del centro del parque y pasa frente a mí. La piel es del mismo color de la mujer de los aretes verdes, pero unos diez años mayor. Tiene el cabello corto tinturado de un tono rojizo oscuro y viste una blusa blanca y una falda larga del mismo color con bordes amarillos. En un mismo hombro cuelga la nevera de icopor y un bolso rojo. Se sienta en la banca que está a mi lado derecho, es decir, más allá del hombre obeso y frente al vendedor de manillas, que ahora guarda silencio mientras el gringo hace un nuevo intento por retomar su lectura.

—¿Oye, ese man quién es? —le pregunta al joven.  
—¿Este?  
—Ajá, ¿cuál otro? —replica la mujer.  
—Este man es el Che —responde el vendedor tocándose con las dos manos el pecho —un amigo del Fidel Castro.  
—¿Y de dónde es?  
El negro se queda callado un rato.  
—Ese man era un guerrillero muy famoso de Chile, creo. Una vaina así —responde mi compañero de banca sin interrumpir la lectura repetida de su formulario del Seguro.  
—Guerrillero, pero no comunista o al contrario —afirma la vendedora de agua.  
—Si es amigo de Fidel tiene que ser comunista —replica el negro.  
—Entonces no fue guerrillero, porque en los países comunistas no hay guerrilla. Las guerrillas sólo están en los países capitalistas —dice enfática la mujer y pregunta: —¿Y ese man ya se murió?

Los dos hombres se quedan callados y levantan los hombros.

En este tiempo el gringo ha mantenido la vista fija en su libro, pero no ha pasado una sola página. El hombre del libro *El poder está con usted* sí continúa leyendo y de vez en cuando levanta la mirada sobre el marco de las gafas, mira a los charladores y sigue su lectura. La mujer de los aretes verdes tiene la mirada perdida en algún punto del parque e ignora la conversación.

En toda la esquina, en la acera frente a la “puerta angosta” de la Catedral de Cartagena hay una mesa que simula medio barril, pintado de color crema, con el borde superior negro y el inferior naranja, con una estampa descolorida de la virgen del carmen que cubre un viejo letrero y deja al descubierto el dibujo de un gatito. Sobre la estampa hay una inscripción en letras mayúsculas que dice EL CIRULÍN, y al borde derecho de arriba hacia

abajo el número 1677, el código de expendedor de chance (un juego de azar de Colombia similar a las loterías) que tiene el puesto de Delilmiro Rivas, más conocido por los cartageneros como El Cirulín.

—Ni sé por qué me clavaron el apodo. Eso fue hace mucho tiempo —dice el hombre que se sienta tras la mesa en una pequeña butaca contra la pared. A su lado tiene un tablero negro que encabeza con la frase “para la buena suerte jabón de bola”; luego siguen los últimos resultados de las loterías que vende y al final la sentencia: “No jodan tanto”.

**También estoy escribiendo sobre Caraballo, uno de los mejores boxeadores que ha tenido Colombia y que también es asiduo del parque. Ajá, tú sabes, Cartagena es una ciudad pugilística.**

—Lo que pasa es que a veces tengo un montón de gente aglomerada y llegan otros y me preguntan “¿qué cayó tal?”, teniendo los resultados ahí... ¡mierda, que no jodan tanto! —comenta El Cirulín, un hombre moreno y pequeño de 65 años, que porta unas gruesas gafas, viste una camisa de manga corta de líneas verticales verdes, amarillas y blancas, un pantalón gris de dril, y que cubre su pequeña cabeza con una gran cachucha azul con el símbolo del equipo de béisbol los Yankees de Nueva York.

—Yo soy cartagenero, llevo como dieciocho años trabajando aquí en el parque. Antes lo hacía como celador en la Casa del Joyero, en los tiempos en que se vendían mínimo diez mil dólares diarios, y desde hace como diez años hago el chance aquí, en esta esquina.

Una mujer morena vestida de blanco que aparenta unos cuarenta años se acerca al puesto y saluda:

—Hola, Cirulín.

—Hola, patrona, ¿cómo va la cosa, patrona?

—Bien.

—Gracias a Dios, gracias a Dios.

—¿Y a usted cómo le ha ido?

—Ahí regularcito... ¿El mismo número?

—Sí. ¿Está noche qué juega?

—Atlántico.

Cirulín escribe con claridad en un talonario la fecha, el nombre de la lotería y los números de la suerte de la señora. Arranca el pequeño formulario, lo frota contra una medalla circular de unos cuatro centímetros de diámetro, luego contra una herradura grande a la derecha y luego contra una más pequeña a la izquierda.

—Buena suerte, patrona.

—¡Gracias, Cirulín! —le dice la mujer, le paga y se va.

—Las herraduras son de suerte —me dice Cirulín elevando su rostro hasta que sus ojos agigantados por el aumento de sus gafas se encuentran con los míos—. Por eso es que yo cargo varias. He tenido hasta diez que me las regalan los cocheros que son amigos míos. Pero los turistas me las compran. Ahora sólo tengo estas dos.

—Ajá, ¿usted cree en eso? —pregunta un hombre negro con lentes de sol, viste un pantalón corto de jean y una camisa de fondo verde con dos guacamayas, que vende gafas y está sentado en el andén al lado del puesto de chance.

—Yo sí —responde Cirulín.

—Yo nada —dice el hombre negro con un gesto displicente.

—Tú no crees porque tu religión es distinta a la mía y cada quien debe respetar la religión de los otros —dice Cirulín molesto—. Cada quien debe respetar. Yo respeto hasta a los maricas.

–Yo en esas vainas no creo –replica el negro.

–Tú no crees, pero te voy a contar. Cuando era niño mi mamá tenía su tienda y ponía detrás de la puerta una herradura con un imán y una cinta roja. Le llegó a ir tan bien en el negocio que hasta estuvo en Europa. ¡45 días en un tour en Europa!

–Cada quien con sus creencias –dice el vendedor de gafas de sol mirando hacia la calle.

–Aquí viene gente y me dice “¿tú crees en esos monicongos?”. “Claro”, les respondo yo –comenta Cirulín–. “Monicongos pa ti, porque pa mí significan mucho”, les digo. Cada quien debe respetar el modo de pensar de los demás. Eso es ser educado. Aquí donde me ve yo estudié en buenos colegios. Mire mi letra, quien no la entiende –dice señalando varios formularios de chance.

El hombre negro se pone a charlar con un vendedor de agua y gaseosas que se para en la esquina.

Cirulín me muestra la medalla que tiene sobre la mesa:

–Este de aquí es Don Bosco. Me la regaló el arzobispo anterior de Cartagena. El hombre a veces en la tarde o en la nochecita salía, se compraba una botellita de ron y nos la tomábamos aquí charlando y echando chistes.

El vendedor de gafas interrumpe su conversación con el otro hombre y dice:

–Yo también tenía un amigo cura ahí en San Pedro. Subía con él a la casa cural los domingos. El tipo hablaba de culos, de tetas...

–Lo que pasa es que en su mundo interno ellos son personas comunes y corrientes –interviene ahora el vendedor de agua–. Había otro que tenía su noviecita. Eso es normal en un ser humano.

–También hay mucho cura marica –dice Cirulín. Pero, ajá, eso es respetable. Cada quien con lo suyo.

Cuando le pregunto por la evolución del parque, Cirulín me dice:

–El parque lo han transformado que ha quedado una belleza. Lo que pasa es que aquí, aquí, aquí, el cartagenero no sabe conservar las cosas. Vea como es. Ese parque era pa que usted llegara y se leyera un libro, un periódico a la hora que quisiera. Pero ya no se puede. En esto, por ahí a las cinco, llegan unos pelaos que tocan música. Y hacen una bulla que da hasta dolor de cabeza. Hace unos años llegaban abogados, profesores, médicos, los concejales y hasta el alcalde a charlar aquí, pero ya no, el parque ha perdido mucho prestigio. El cartagenero está tomando un café, ve las canecas de basura, pero tiran el vaso al suelo. El turismo también ha mermado mucho. El turista quiere caminar, quiere conocer, pero aquí llega y le caen toneladas

de vendedores: el de las gafas —dice Cirulín y el negro volteo y lo mira por encima de los lentes de moda que lleva puestos—, el de las camisetas, el vendedor de joyas, el del cigarrillo, mejor dicho, todos. Es mucho acoso. Pero a pesar de eso, para mí, no sé para usted y los demás, pero para mí, Cartagena es y seguirá siendo la ciudad más bonita del mundo.

Luego de su sentencia, llega otro cliente en una moto. Cirulín lo despacha rápido y continúa:

—De todas maneras todavía viene mucho personaje. Aquí vinieron los reyes de España, Bill Clinton, el presidente de los Estados Unidos, también actrices y actores muy famosos. Hace poquito hicieron aquí, en Cartagena, la película *El amor en los tiempos del cólera*; aunque eso le sacó la piedra a la gente porque se cerraron muchas calles y se formaban muchos trancones. El famoso que sí se mantiene por ahí es Raimundo Angulo, el presidente de la junta de belleza. Mira, lo que te dije, ahí viene —me dice señalando con el rostro hacia la calle Santos de Piedra.

—Buenos días, Cirulo —le dice un hombre de estatura media, con toda su ropa y su sombrero impecablemente blancos, mientras le extiende su mano.

—¡Don Raimundo! —exclama Cirulo y le da la mano—. Le presento un amigo de Bogotá —le dice señalándome—.

—Mucho gusto, Raimundo Angulo Pizano —saluda.

Estrecho su mano y respondo el saludo.

—Hasta luego, Cirulo. Voy de afán —se despide el hombre tocando el ala del sombrero y se interna en el parque rumbo a la Corporación Concurso Nacional de Belleza.

Cirulín me dice complacido:

—Ves lo que te digo. Por aquí sigue pasando gente importante. Cuando vienen las reinas, Raimundo me las presenta y me dice: “¿Cirulo, cuál te gusta?”. Ellas sonrían y desfilan para mí. “No hombre, que va, doctor, yo ya no estoy pa esas. A mí tráigame una viejita de mi edad” —cuenta Cirulín y suelta una carcajada.

La vendedora de agua retoma la discusión:

—El comunismo es mejor que el capitalismo, porque en los países comunistas todo es de todos y nadie aguanta hambre.

**También estoy escribiendo sobre Caraballo, uno de los mejores boxeadores que ha tenido Colombia y que también es asiduo del parque. Ajá, tú sabes, Cartagena es una ciudad pugilística.**

—Como en Cuba —dice mi obeso compañero de banca mientras guarda su releído formulario en un bolsillo de la bermuda.

—Para mí que Bolívar, como el Che, fue comunista —afirma la mujer—. Porque ese man si pensaba en el pueblo, no como esos presidentes de ahora. Imagínate, sí libertó cinco países.

—Y no ha nacido otro que se le parezca —dice el hombre.

—Quién sabe cuándo la naturaleza va a parir otro.

El hombre vuelve a sacar el formulario del bolsillo. Se pasa la mano sobre la cabeza calva y susurra: “¡Ay carajo!”

Se levanta rápido y se va.

—Dicen que Bolívar tenía una hembra en cada pueblo que visitaba —menciona el negro de la camiseta del Che.

—Así tiene que ser —dice la vendedora de agua—. Malo sería que le gustaran los hombres. Si le gustaban las mujeres era un tipo legal.

La mujer se queda mirando la estatua de Bolívar por unos minutos. El negro la mira a ella y el gringo pasa al fin su primera página.

—Es que eso es lo natural —retoma la charla la mujer—. Fíjate: cuando un hombre es bebé y lo toca una mujer se le para el penecito porque esa es la ley de la naturaleza. Cuando un hombre duerme con un hombre, es un fenómeno.

El negro asiente con la cabeza.

Cuentan que hace siglos, en los palenques de Cartagena y en las orillas del río Magdalena, los pescadores negros, al terminar su jornada, celebraban danzando y tocando un ritmo trepidante de tambores llamado mapalé. Cuentan también que en la Colonia esta misma música, inspirada en los movimientos de los peces al salir del agua, seducía y embrujaba a las mujeres blancas de la sociedad cartagenera hasta hacerlas caer en excitantes rituales paganos donde eran poseídas por hombres de piel de ébano.

Elkin y todos sus amigos son negros, no son pescadores, pero sí muy sensuales. Tampoco están en las orillas del río Magdalena, están en el centro del parque de Bolívar. Conforman uno de los grupos de jóvenes cartageneros entre los trece y los veintitrés años que tocan, cantan y bailan todas las noches, bajo la mirada de bronce del Libertador, los ritmos autóctonos de la Costa Atlántica colombiana: cumbia, mapalé, puyas y garabatos, entre otros.

Los hombres tienen el torso desnudo, llevan una pañoleta naranja amarrada en la cabeza y un pantalón vaporoso del mismo color. Su piel negra brilla por el sudor bajo la luz artificial de las lámparas del parque. Se ordenan en fila y zarandean su cuerpo al ritmo que impone la frenética percusión. Al frente, una fila de mujeres también se contorsionan con el mapalé; a pesar de que sus movimientos son igual de convulsivos, ellas expelen una lubricidad abrumadora, tal vez dada por las ondulaciones veloces que hacen con sus caderas. Sus trajes son pequeños trozos de tela que simulan la piel de un tigrillo que apenas cubren su busto y sus genitales.

Mientras danzan sonríen con espontaneidad. No creo que sea un simple trabajo, da la impresión que todos realmente lo disfrutan, o al menos eso me hacen creer. La fiesta parece el preámbulo de una gran orgía a la que uno no está invitado por la incapacidad de mover con sensualidad las articulaciones del cuerpo. Tal vez los únicos huesos que no se les mueven son los del cráneo, de resto cada vértebra, cada costilla, cada fémur, cada dedo, da la impresión de que van ser desencajados de su lugar.

Al terminar la canción, las dos más bellas bailarinas del grupo pasan entre los espectadores repartiendo sonrisas y recogiendo dinero. “Las ganancias alcanzan para todos y nos va bien, al menos para nuestros gastos básicos”, me comenta Elkin, estudiante universitario de veintidós años, integrante del grupo desde hace un lustro.

Al fondo, junto al pedestal de Bolívar, se prepara el segundo grupo. El turno es ahora para la elegante y coqueta cumbia.

Son las cuatro y media de la tarde. La mujer, ni bonita ni fea de los aretes verdes mira el reloj, sonrío y se levanta y se va en dirección al Banco de la República. A pocos metros, en el andén del costado sureste del parque, Nina, una mujer teñida de rubio, extremadamente delgada, vestida de jean y con una camiseta negra adherida a la piel comienza a acomodar las mesas para los ajedrecistas vespertinos.

La vendedora se levanta y de nuevo pregona: ¡agua, agua, agua! El gringo apoya bien la espalda en el respaldo de la banca y cuando parece estar nuevamente cómodo el negro le dice en voz muy alta:

—¡Ajá, patrón!, ¿entonces qué me va a comprar? **hU**